

ct

Sarab

de
Albert Tola

(fragmento)

*Una actriz, o tres.
Ella fuma, o al menos una de ellas.
Aparentemente, un salón acomodado.*

Al abrir la puerta me encuentro a la vieja. Todo me resulta extraño desde que ha sonado el timbre de la puerta, mi prisa por bajar las escaleras, la aparición de aquella mujer, por lo que no me sorprende el silencio que se establece entre las dos nada más abrir la puerta, ajeno a toda norma de cortesía, por no decir a la lógica con que suelen discurrir este tipo de situaciones. A pesar de que tarda en hablar, pienso que esa vieja llega tarde. Aprieta tanto los labios que cuando pronuncia mi nombre, me parece que se le van a partir en pedazos:

-“Blanca” -dice.

Yo misma tengo los labios sellados por su influencia. Tiene que repetir mi nombre para que yo responda. No contesto, porque no me parece justo que mi madre pronuncie a estas alturas mi nombre. Mi nombre, que es también el suyo. Al fin lo dice:

-“Soy tu madre. He venido a cuidarte.”

Levanto la mirada; entre las casas puede reconstruirse el caluroso horizonte de Marrakech. Me pregunto dónde estás. Me pregunto por qué no me ayudas a redactar esta carta. Esta carta es lo más difícil que he hecho. Parece mentira que sea solo un pedazo de papel. Que unas letras sobre un papel puedan condenarme o salvarme para siempre. Ella habla. A pesar de que ella me esté hablando, no puedo evitar preguntarme si vendrás a recogerme a tiempo. Tu hermano llega esta noche, tarde. Hay otra de esas odiosas recepciones en la embajada. Si vienes a por mí, va a tener que mentir para disculparme. ¿Cómo describirte el placer que me da la sola idea? Pero tú no hay manera de que cojas el teléfono. Nada me retiene aquí, es cierto, y aun así, por alguna extraña razón, a la vez creo que pueda abandonar este lugar. Decida lo que decida, me parece que me equivoco. Escriba lo que escriba. No quiero estar aquí, pero no logro imaginarme en otro sitio. ¿Pero qué es esta cobardía que me embruja?

Mi madre ahí sigue. No deja de ser curioso. Vuelve a abrir la boca:

-“¿Estás casada?”

Asiento... un poco:

-Mi marido no vuelve hasta mañana por la noche.

Se me ocurre preguntarle por su nombre, por si es el mismo, o sigue siendo el mismo. Por un momento pienso que quizás no tenga nombre, o que ya no lo tenga, o que no le quede ninguno. ¿Por qué ha tenido que venir precisamente hoy?

-“Blanca” -dice antes de entrar- “No ha sido fácil llegar hasta aquí. Esto está muy oculto.” –lo dice con una media sonrisa, mientras cruza el umbral de casa.

La instalo en el estudio de Juan: tu hermano nunca lo usa, ya ni pinta, ni nada. Ni siquiera fuma en él. Sus maletas no caben y tenemos que sacar el caballete. Está polvoriento, como todo lo demás, por lo que, a modo de excusa, tengo que contarle a mi madre que nunca entra nadie ahí. Yo tampoco logro escribir nada aquí. De hecho, ahora, en general, ni siquiera tomo notas. Y no será por falta de tiempo... Pero no, ella no pregunta nada, ella a lo suyo, se concentra en sacar la ropa de la maleta y en colgarla en el armario. Su cara es más vieja que ella; la cruzan largas arrugas verticales.

Descubro que estoy sudando y le pido que se vaya. Pero ella niega con la cabeza. Me acuerdo de que yo no soy la única que suda y le ofrezco un poco de limonada bien fría. Enciendo el ventilador y nos sentamos a la mesa del salón. Poco a poco, el calor se va aliviando. No puedo soportar el

ruido de su boca cuando sorbe. Habla de nuevo.

-“Déjame que te cuente mi historia.”

Afirmo con la cabeza. Hasta que llegues o me respondas, lo mejor es que el tiempo pase lo antes posible, me digo.

Un tiempo.

-“Tú naciste antes de que tu padre inventara la máquina de pulverizar medicamentos. Él no hacía más que dibujar y dibujar, pero sus patentes no rendían. Por mi parte, hice una promesa para que no me faltara con qué alimentarte... no iría nunca más a ver lo que de verdad me gustaba: el teatro. Cuando llegaron los televisores a nuestras vidas, descubrí que en mi propia caja tonta pasaban una obra de teatro. Me levanté y corrí a la parroquia para preguntarle al cura si ver el teatro en el televisor era romper mi promesa, no fuera a faltar la comida en casa por darle a un botón. “¡Que no pasa nada, mujer!”, me dijo. Y se rio. Fue por aquel período que llegó mi madre de Argentina. Tú no te acuerdas, porque todavía gateabas y seguías sin andar cuando estiró la pata. Tu padre está en la oficina de patentes, yo hago la colada y oigo que gritan mi nombre en la plaza. Desde el balcón de enfrente, una vecina me dice que una señora pregunta por mí al principio de la calle. Bajo las escaleras (no sin prisa). No tengo ni idea de quién puede ser. Que se pueda tratar de mi madre ni siquiera se me pasa por la cabeza. Cuando abro el portal del edificio me encuentro a una vieja sentada sobre un baúl. A mí siempre me ha gustado mucho jugar a la lotería, ya lo sabes: he sido lo que se dice una jugadora empedernida. En una ocasión, gané la lotería. Tú tampoco te acordarás, porque, hija, la verdad, siempre, siempre eras una niña. Con el dinero, me hubiera podido comprar una casa, en cambio me dio por comprarme un *mantón de Manila*. Ese *mantón* lo he tenido toda la vida guardado en el baúl de mi madre, ese, ese de ahí, y mira que llenarlo de legajos... Y la abuela va y me dice: “Soy tu madre. No me quedan más pertenencias que este baúl. Sé que te abandoné en el pueblo, cuando eras una niña. Pero eres católica, y tú deber de hija es la piedad hacia mí”. Siempre temí convertirme en carnicera, como ella. El matrimonio con tu padre me salvó de aquel infierno. Lo primero que vi fueron de nuevo sus manos, llenas de cortes. Pero la hice pasar, porque conté al menos una mujer en cada ventana de la calle... Tu abuela no quiso agua, ni pan tampoco. Ni sentarse en una silla quiso: era una vieja pegada a un baúl. Habló como quién lo hace en el último momento: “Yo cortaba muy bien la carne”, dijo. “Desde niña, había querido ser carnicera. Antes de morir, tu padre se burlaba de mí: “¿Cómo puede alguien con un nombre tan delicado tener una carnicería? Blanca, la carnicera.”, exclamaba y se reía. “Desde siempre que tu padre quería alistarse a la guerra; según tengo entendido, primero lo intentó con la de Cuba, pero no tenía la edad, estaba muy verde le dijeron, pero él dale con ir a la guerra, así que cuando estalló la de Marruecos se alistó, pero tampoco le cogieron, y así hasta la del Rif, "la segunda"... y a esta sí, hija sí, a esta sí... aunque ya se le había pasado el arroz y tú venías ya en camino... “Es mi deber”, dijo. La patria, esas cosas. Su deber era estar aquí contigo y conmigo. Si no le tocaba... ¿Por qué se tuvo que ir? ¿Por la patria? ¿De verdad? Pues, ahí que la palmó. Un mosquito le picó en la calva. Y murió de tifus, bajo el sol. Después, de eso, nadie se burlaba ya de mi nombre, y mi carnicería era próspera. La gente venía de los pueblos vecinos a comprar la carne cortada por mis manos: era tierna como la miel, no tenía apenas nervios y estaba bien deshuesada. Francisco era el mozo que me traía la carne. Al morir tu padre, yo no sé si trabajé con más gusto, pero el negoció fue mejor. Francisco venía cada vez más seguido a traer carne. Llegó un momento en que venía hasta tres veces por semana. Nos gustaba fumar. Había tardes en las que después de que él descargara los bloques de carne y de que yo los inspeccionara, salíamos a fumar al patio de la carnicería. Fumábamos y charlábamos: era encantador. Los cigarrillos quedaban manchados de sangre. Él

estaba casado, yo era viuda: nada iba a cambiar nuestras vidas. Nunca me he arrepentido de lo que ocurrió, ni siquiera ahora. Fui feliz. Pero me empezó a pedir dinero. Cada vez más, la verdad. Eso sí, lo pagaba con gusto.”, dijo. “Su mujer estaba enferma, o eso decía, yo no quería que eso se supiera en el pueblo: esas bichas hubieran dejado de ir a comprar a la carnicería. “Blanca, adúltera y carnicera”, oía decir a tu padre en mi cabeza. Francisco cumplía. Tú estabas cubierta. Yo no necesitaba la vergüenza. ¿De qué me servía a mí cortar tan bien la carne, si ganaba más dinero del que necesitaba para vivir? Todos estuvimos de algún modo de acuerdo con aquello. Pero Paquito me pedía cada vez más. Me pidió demasiado. Tampoco le iba a dar a él lo que era para ti. Y Paquito, cómo es natural, bebía. Aquella noche en el bar se fue de la lengua o le tiraron de ella, qué sé yo. No era poco el odio que se me tenía en el pueblo a causa de la guita que ganaba: insisto, no cualquiera sabe cortar la carne. Los trozos gruesos que servía, los restos que regalaba para hacer croquetas, todas mis formas de soborno en viandas nada pudieron contra aquello... eran tiempos oscuros y la gente vivía dominada por ellos. Al día siguiente, en la carnicería no se hablaba de otra cosa: el mozo del matadero chulea a Blanca la carnicera. Los eché a todos de mi tienda y cerré con llave la persiana. Aquella misma tarde salimos en un carro hacia Barcelona. Aquí, abrí la segunda carnicería. Créeme, lo intenté de verdad. Huí a Barcelona, sí, pero la distancia no fue suficiente. Vendí la carnicería y os di en adopción al convento. Las monjas cuidarían del dinero. Pensé que estarías mejor sin mí, esas cosas. No quería testimonios de mi vergüenza. Con los años, ibas a crecer y me ibas a juzgar. Ha terminado ocurriendo, y del peor modo. Bueno, siempre ocurre todo del peor modo. Por eso, he acabado por pensar que entre hacer algo y no hacerlo, siempre es mejor no hacerlo.... Embarqué la misma noche en que te dejé en el convento. El techo mohoso del camarote se me caía encima. Escogí Argentina, claro, porque cortaba bien la carne... En Buenos Aires abrí una carnicería, por supuesto. También ahí, el negocio fue próspero, pero yo no dejaba de pensar en Francisco. Todo el mundo se equivoca, pensaba, pero yo sé que él me amó, esas cosas. El único que me amó de verdad, esas cosas. Eso una mujer lo sabe, ya lo sabes. Total, que le escribí una postal, sí, sí, la escribí... Por las noches hablaba contigo en el pensamiento, pero tenía miedo a escribirte. Me decía una y otra vez: hija, ¿sabrás entenderme? ...a los pocos meses Francisco llamó a la puerta de mi carnicería. Y junto a él... la mujer, y un hijo. ¿Y ahora qué hago yo con esta?, pensé... Me arruinó y me arrepiento.” Esa fue su llegada.” -dice mi madre.

Un tiempo.

Mi madre me está contando de verdad nuestra historia. Una historia que he imaginado durante años, que he reescrito una y otra vez en mi cabeza, incapaz de escribirla sobre el papel. Y, sin embargo, ahora que me la cuenta, lo que deseo en realidad es que me pregunte por la mía. Pero mi historia no parece incumbirle demasiado. Decido abandonarme a su relato. Quizás, pienso, cuando ella termine, no haga falta preguntar por el mío.